

fueron o que luego serán. Quizá, oprimidos por la magnitud de un tiempo que sólo es nuestro fragmentariamente, preguntamos por el desarrollo, conexión y mutua dependencia de los acontecimientos que fueron, son y con posterioridad serán. En la danza de los siglos, a que estamos sometidos, nuestra vida figura breve y parcamente. A pesar de todo, ¿qué significa mi vida, mi rápida existencia?

Muchas son las explicaciones dadas, algunas consoladoras, otras agobiantes. No faltan las que, a pesar de su forma humorística, ocultan un fondo trágico, como la leyenda atribuida a aquel emperador romano quien, ya en trance de morir, imaginando los acontecimientos históricos como representación en inmenso escenario, exclamaba: «Finaliza mi actuación; si he sido un buen actor, aplaudidme».

Hay una explicación, más común de lo que se cree, aunque abiertamente muy pocos la han expuesto: la teoría del eterno retorno. Es amenaza o conclusión final en sistemas monistas cerrados, a veces adornados con oropel optimista. No interesa, por ahora, aclarar este oculto secreto, quizá desconocido por los mismos que los imaginaron: captados por la aparente estructura lógica del mismo, no vieron a qué consecuencias los precipitaba. Quiero sólo referirme, por su amarga sinceridad, a aquellos pensadores que describen el ritmo uniforme, incambiable y eternamente repetido del acontecer.

Imaginemos lo que quieren decir; o mejor, puesto que nos describen sometidos al ritmo, sigámoslo, complicados en el mismo. Comparan el universo todo, el devenir de cualquier hecho o acontecimiento, físico, psíquico o espiritual, a un círculo perfecto. La imagen es muy antigua, y Platón la recuerda en su diálogo *Timeo*. Es un círculo definitivamente fijado; sus partes, mayores o menores, tantas como la totalidad de lo que transcurre en el tiempo, son, cada una de ellas, causa y efecto. Se presuponen, igualmente necesarias para que exista el círculo. Nada en él empezó y nada, en el mismo, definitivamente terminará; carece de principio y de fin.

Este círculo, comprensivo del suceder universal, muévase monótonamente a igual paso, ni más rápido ni más lento. Un fragmento, digámoslo así, aparece a la luz, sale de las sombras entre lo que llamamos pasado y futuro. Es el ahora, el tiempo de lo que acontece actualmente en el universo. Estos ahora, pedazos concatenados del círculo, surgen con precisión matemática; cada uno de ellos eternamente idéntico a sí mismo. Humanicemos el círculo: a períodos fijos, pueden ser miles o millones de años, saldremos al escenario de lo que llamamos existencia para repetir el periplo de lo que ahora somos: cavilaremos los mismos pensamientos, pronunciaremos las mismas palabras, diseñaremos los mismos gestos. El molde del existir de cada

uno funciona sin desgastes por toda la eternidad. Todo retorna, sin el menor cambio o mutación.

Esto es, mediante una imagen que expresa una concepción sistemática, el eterno retorno. Descripción escueta y cruda que, en estos o similares términos, apenas encontraremos en quienes, antiguos o modernos, lo justifican en sus sistemas. Lo vislumbramos en varios pensadores griegos, por su doctrina del motor inmóvil y del acto primero. Es evidente en Parménides con su idea de un pleno eterno, el ser que nada pierde y nada gana, siempre idéntico a sí mismo, propiamente sin pasado ni futuro, antes o después. «El destino, describe uno de sus fragmentos, lo ha encadenado a ser todo enteramente inmóvil: para él, no son sino solamente nombres, todas las cosas que los mortales han establecido creyéndolas verdades, el nacer y el morir; el ser y el no-ser; el cambio de lugar y el mudar de color brillante.»

Los estoicos, poco originales, pero que aquilatan enseñanzas de sus predecesores, repiten la misma doctrina, para inducir a la resignación e impasibilidad. «Efectivamente, escribirá Lactancio, existirá nuevamente Sócrates, existirán Platón y cada uno de los hombres con los mismos amigos y conciudadanos; y serán creídas las mismas cosas y discutidos los mismos argumentos, y retornará igualmente cada ciudad, pueblecillo y campiña. Y este retorno universal se cumplirá no una sola, sino muchas veces; más bien las mismas cosas retornarán al infinito y sin término.» Resumiéndolos, podríamos decir como Luis Díez del Corral: «Para el heleno y, en general, para el hombre de la Antigüedad clásica, la historia no revela su dimensión prospectiva, futurible; está vista sólo desde el presente, como una sucesión de presentes que se van sustituyendo, sin aportar verdadera innovación.»

Ya en el período cristiano, pero extraño a su influencia, el neoplatonismo repite la doctrina. Proclo, el más estricto y consecuente, razona como razonara Parménides; todo es necesario; nada acontece por azar; parte y todo, principio y fin, pasado y futuro forman la unidad incambiable de lo que no puede dejar de existir. «Todo ser, escribe en la *Teología Platónica*, que procede de otro y retorna a él, tiene una actividad circular. Pues si vuelve allá, de donde procede, une el principio con el fin, y su movimiento es uno y continuo: porque, por una parte nace de aquello que permanece, por la otra retorna a él.»

Es una solución que acribilla la mente, cuando ahonda su sentido. Si la materia y sus combinaciones son eternas, nada pierden o ganan con el acontecer; una vez agotadas todas las posibilidades, se reinicia el movimiento del círculo o, con más exactitud, sólo aparentemente diverso para aquellos que fulguramos ahora, a la luz del

tiempo actual. Parménides tendría razón: el devenir es ilusorio, pues estamos fijos en un pleno eternamente inmutable. Conturba una opriente congoja, cuando nos consideramos envueltos en esta trama, atrapados en el engranaje de una cadena sin fin. Comediantes en un escenario sin espectadores, aun el grito del fraude que sufrimos sonaría en el vacío, inspirado y exhalado por la necesidad del círculo.

El mundo judeo-cristiano, sin conocerla y, por tanto, sin atacarla directamente, rechaza esta concepción del universo y de la vida humana. Su explicación se moverá en una zona de misterio, la idea de creación, con un principio y un fin y el avizoramiento de un porvenir en el que la realidad será diferente. El tiempo no es movimiento en círculo interminable, sino línea insegura que avanza y retrocede, pero que, a la postre, llega a una meta con un principiar diverso. Sólo algunos autores cristianos, Juan Escoto Erígena, por ejemplo, influenciados por los neoplatónicos, parecen repetir el concepto de eternidad, aplicado al universo, como círculo inalterable.

En relación a esta doctrina, en el mundo moderno recordamos a Federico Nietzsche. Deja la impresión, cuando conocemos su vida y leemos sus escritos, que, desesperado por la inmutable fijación y el ruedo del devenir rítmico y monótono, quiere rebelarse y grita; inútil desvarío que, a la postre, altera su razón. «Todo va, todo vuelve, la rueda de la existencia gira sin cesar. Todo muere, todo vuelve a florecer; el ciclo de la existencia se prosigue eternamente.» Inconsecuente, rechaza la resignación estoica, impasible e inalterable por acontecimientos que no puede desviar ni en lo más mínimo.

A pesar de sus protestas anticristianas, su rebeldía contra el destino inmutable es de origen cristiano. Si fuera lógico y fiel a la doctrina, sabría que sus enojo y disconformidad con las mayorías acomodadas y amorfas son tan fijos y determinados como la existencia estática de las últimas. Es una rebeldía inspirada por la fatalidad del círculo, efecto y causa a la vez para la consistencia. Hay momentos en que parece atisbarlo, como al decir: «No solamente el hombre, sino también el superhombre retorna eternamente». Y cuando reconoce «la doctrina del Eterno Retorno es aplastante».

Pero el hombre que es Nietzsche y el escondido cristiano que algunos intérpretes creen adivinar en él, grita la protesta: «Yo puse esta petulancia y esta locura, en vez de esta voluntad, al enseñar que hay algo que siempre será imposible, ¡ser razonable!», a pesar de que, pocas páginas antes, había escrito: «Esta es la eternidad del castigo, *existencia*: que la existencia tenga que volver a ser eternamente acción y pena». Su inconformismo aparta la resignación, como si porfiara en cambiar por su solo esfuerzo el rodar inalterable de

los siglos sin fin que ha defendido al exponer la doctrina del eterno retorno.

Cuando la mente estudia, atenta, contenido y consecuencias de la doctrina comprende que, de ser verdadera, queda aniquilado todo esfuerzo: visión desoladora del universo y del quehacer humano; seríamos extraños personajes de un film único e inacabable, representado en una sala sin público. Nuestros pasos en la existencia, los más mínimos deseos y anhelos, estarían ya señalados; palabrería e ilusión lo bueno y lo malo, lo noble y lo innoble. Fatídica doctrina que, por sí misma, justifica la esperanza de su posible falsía por la imposibilidad de certificarnos de que es realmente verdadera, pues las mismas convicciones serían tan precisas como el acontecer de los hechos físicos.

Quienes la imaginaron no intuyeron la contradicción que implica el simple hecho de sostenerla: serían expresiones de una mente condicionada, como las de quienes defienden opiniones adversas. Inútil la discusión y el intercambio ideológico; nada aclararía, simplemente expresaría la situación encarrilada de cada uno. Desoyeron sus expositores la experiencia exultante de la espontaneidad con que la vida evoluciona, a pesar de rodearnos siempre circunstancias que quieren subordinarnos. Tal vez, posiblemente sea éste el caso de Nietzsche, desanimado por el comportamiento humano bastante general, acomodado e inerte, seguidores más que actores, elevaron a explicación metafísica lo que no es sino lamentable deshumanización. Pero, ¿cómo no comprendían que, ya en el hecho de imaginar la doctrina, excedían la general monotonía?

El eterno retorno es otro nombre para el hado inapelable con que los dioses homéricos jugaban con los hombres. Seríamos, si la doctrina pudiera ser verdadera, cada uno de los hombres, sin excepción, Sísifos condenados a subir, en el esfuerzo de la existencia, hasta la cumbre, que luego nos derrumba; y nos exige, sin piedad alguna, la interminable repetición de la tarea. Más trágico todavía para aquellos que tienen conciencia de ello, sabedores que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza. El hombre, sus vida y acciones, serían el absurdo, a causa, como escribe Camus, de «ese instante sutil en que el hombre vuelve sobre su vida, como Sísifo vuelve hacia su roca, en ese ligero giro, contempla esas series de actos desvinculados que se convierten en su destino, creado por él, unido bajo la mirada de su memoria y pronto sellada por su muerte».—LUIS FARRÉ.